

La belleza

Por Vicente Verdú

Fuente: El Boomeran (g) blog literario en español

De modo que decir de algo que es bello no significa sino que nos parece bello a nosotros, acaso contrariamente a otros. Y, en consecuencia, lo bello será pues tanto un relativo elemento. Un sí o un no. O también, ampliamente, un sí y un no.

Desde este punto de vista tan tibio y desalentador la belleza se asocia exacerbadamente con el "gusto" y, de este modo, así como hay gentes que odian los tomates y otros no, la belleza ingresaría en el mundo general de la gastronomía y hasta de la mesa familiar e intrascendente del comedor. A unos les gusta esto y a otros no. O más directamente: a unos les produce placer este lienzo o este plato y a otros les lleva al vómito o el desdén. O incluso, médicamente: a unos les sienta bien ese producto y a otros les daña el tránsito intestinal.

Que la belleza es un "sentimiento" no es decir casi nada. Así que a unos se les a-sienta bien es cosa y a otros no de modo que así se cierra la equivalencia entre el sistema de la estética y el de la gastronomía, entre el gusto y lo dégoûtant, entre el ojo que contempla y el paladar que paladea, entre el saber (el sabor, más o menos elegante) y el no saber (la insipidez).

Bajo las normas académicas, un cuadro, una escultura, un drama o una sinfonía eran más o menos buenos (y supuestamente bellos). Desaparecidas las normas, el gusto ocupa el lugar del rigor y lo feo se conmuta con lo sublime y la delicadeza con las bardomas. En todas estas ecuaciones ha de desaparecer la sutileza y, con su evaporación, la oportunidad de dignificarse distinguiendo lo bello y orientando hacia su manifestación.

Un conjunto de 13 conferencias organizadas por el Reina Sofía y en la que pronunciarán conferencias desde Francisco Calvo Serraller a Félix de Azúa (primero y último en un orden cronológico trufado de Fernández Galiano, Simón Marchán, Juan Ángel Vela del Campo y Javier Manterola, entre otros) se dedicará entre octubre y noviembre a tratar el asunto de la belleza.

Tratar la belleza o tratar con la belleza mueve enseguida a la máxima excitación. La belleza afecta, la belleza convulsa. No sólo nos sacude el afecto innominado sino que, como fuerte amor, nos infecta. Más aún: la belleza de esto o de aquello alza al erotismo por encima de todas las cosas y no importa que se presente en el fervor, la fe o las deseos de matar. El erotismo y la belleza se hallan tan estrechamente unidos en la misma mafia que cuando se ve un rostro que nos turba lo primero que se transforma es la criminal vibración del sexo.

Desde la sexualidad se llega a casi todas partes pero las partes de la sexualidad que más se enardecen -en colorado, en acero o en dorado- son las que la belleza suscita.

Como dice el programa en que se anuncia el ciclo del Reina Sofía ("La belleza. Modos contemporáneos de uso artístico") lo bello-bello dejó de ser un mandato en la creación. La libertad del artista, su gusto sin trabas llevaba a la apertura de un espacio (moral, mercantil y crítico) donde incluso lo feo, el mismo adefesio, podría valer mucho. Fue el momento del alza individualista hace una eternidad y, más cercanamente, el tiempo en que los galeristas y los pintores, los comentaristas y los profesores, empezaron a referirse a las obras nuevas no como "bellas" sino como "interesantes".

¿Qué significaba que esa obra resultara interesante? En primer lugar que parecía novedosa. En segundo lugar qué Dios sabe adónde nos llevaba su innovación. Todos los implicados en el arte hallaron en la nómina de "lo interesante" la manera de conciliar lo bello con lo feo, lo placentero con lo nauseabundo, la sorpresa con la ignorancia y el sí con el no.

¿No es pues posible decir hoy y nunca más qué algo es bello de manera objetiva? ¿No es posible emplear como criterio de valor la belleza bella para estimar un cuadro? Pues claro que sí. Quien diga que no, no vale siquiera para elegir la pintura y la tapicería del coche.

Una legión de gentes sin oído hablamos sobre música. Un sinfín de mirones hablamos de pintura. En definitiva no importa tanto poseer un oído absoluto o una retina de seda para llegar a dirimir con precisión. La belleza tiene más que ver con las virtudes del alma como el zahorí tiene más que ver con los espasmos que recibe del agua. En ambos casos, en este receptor no se ve su facultad especial y de ahí que haya tantos profesionales del arte sin facultades.

Pero, a la vez, también esto explica que brote tanta alegría en determinados seres que, sin licenciatura, se sientan felizmente regados por el estallido de una especial vesícula interior donde la belleza les llega.